



VICENTE LÓPEZ-IBOR

ENERGÍA Y PAZ

La incansable Secretaria de Estado norteamericana H. Clinton pronunció hace unas semanas, en plena crisis del asunto Weakileaks, un bien construido discurso sobre la libertad en Internet. Para la ocasión eligió un lugar apropiado, el museo de la información «Newseum», en Washington D.C.

Además de ofrecer algunas cifras del impresionante desarrollo de las tecnologías de la información y comunicación, como la existencia de 4.000 millones de teléfonos móviles en el mundo, Clinton situó en el centro de su intervención una reflexión sobre estas tecnologías y los valores, afirmando que son «herramientas con el potencial de abrir el acceso al gobierno y promover la transparencia, pero pueden también ser utilizadas para aplastar la disensión y negar los derechos humanos». Añadiendo que «podemos utilizar el acero para construir hospitales pero también ametralladoras, o energía nuclear para abastecer de electricidad a la ciudad o para destruirla». Dos ejemplos, a mi juicio, muy pertinentes. Sobre todo si miramos la historia de Europa desde este último medio siglo. Una historia de paz, estabilidad política y desarrollo económico, que encuentra sus primeros encajes en el carbón (Tratado CECA de 1951) y la energía nuclear (Tratado EURATOM de 1957).

La crisis en algunos de los países del Norte de África y Oriente Medio, como Egipto, Túnez, Yemen y Libia, y los focos de tensión existentes en algunos otros, ponen de relieve, además de aspectos esenciales sobre la presión islamista radical en la zona, la incapacidad de los gobiernos occidentales para prever transformaciones sociales de gran magnitud en el área. Además hoy, que con internet y las redes sociales se puede desencadenar una revolución en pocas horas, desbordando la capacidad de reacción de aparatos estatales gigantescos, pero torpes.

Asimismo, la defensa occidental de la tesis de los «intereses permanentes» como paradigma de sus políticas exteriores debería ir tocando a su fin, a estas alturas de comienzos del siglo, si no se acompaña mínimamente con el respeto a unos valores en favor de los derechos humanos y una justicia independiente.

El peso de Oriente Medio en el sector energético mundial es extraordinariamente relevante, al-

canzando a más del 50% de la producción petrolera mundial. Arabia Saudí —país clave de la zona— cuenta, por sí sola, con la cuarta parte de las reservas mundiales de hidrocarburos. Libia basa sus recursos en el potencial de sus exportaciones de gas y petróleo, en un 90% dirigidas a la Unión Europea, y por eso tiene una balanza comercial positiva.

En su mercado, además de Italia, que lo hace de manera preponderante, existe presencia de compañías austríacas (OMV), españolas (Repsol), rusas (Gazprom) y chinas. Su crisis puede afectar gravemente a Italia, que recibe un tercio de sus aprovisionamientos de gas de este país, y en menor medida de los otros países de la cuenca mediterránea.

El gran problema para una España carente en estos momentos de una política energética clara, sería Argelia, que representa una ecuación similar a la de Libia con Italia, ya que dependemos de casi un 50% de nuestras importaciones de gas del suelo argelino. El suministro de Egipto a España en materia de gas es del 8%, siendo superado por Trinidad Tobago, Qatar y, sobre todo, Nigeria, con casi una quinta parte de nuestras importaciones de esta energía. Si sumamos las importaciones de Argelia, los cargamentos que recibimos desde el Canal de Suez, y el conjunto de los hidrocarburos procedentes de esta región, nuestro riesgo energético en la zona no define sólo una situación de dependencia, sino de vulnerabilidad.

Esta crisis ha tenido ya amplios efectos en muchos países, aunque con diferentes manifestaciones, además de Egipto y Libia, en Jordania ha provocado el cambio del primer ministro; en Yemen, que el actual presidente no se presente a la reelección; y en Arabia Saudí, que el Rey Abdullah anuncie aumento de salarios y condonación de deudas por treinta y seis billones de dólares.

La energía es un bien imprescindible y escaso. Fuente de bienestar y desarrollo y también de conflictos y guerras. Bien haría la comunidad internacional, o cuando menos los Estados Unidos y Europa, en ocuparse, de una vez por todas, de estos temas, preferentemente desde el binomio geopolítico «energía y paz».

PRESIDENTE DE ESTUDIO
JURÍDICO INTERNACIONAL